



Colegio de Ingenieros de Caminos,
Canales y Puertos

castilla y león

GERMÁN GALINDO MOYA

Vicepresidente de COPASA y presidente de la Fundación Galindo

Naces en Calasparra, Murcia, hijo, nieto y bisnieto de músicos profesionales. ¿Te llamaban más los Caminos que la música?

Digamos que si bien llegué a tocar el clarinete en la banda municipal, no era ningún Mozart, así que mi padre me recomendó ganarme la vida de otra manera, sin pasársela tan mal como la pasó él —después de la Guerra Civil estuvo represaliado, aunque pudo trabajar como director de varias bandas municipales: Cieza y Lorca en Murcia, Berja en Almería...—. Por otra parte, en Calasparra, que es un pueblo de unos 10.000 habitantes, siempre ha habido bastantes ingenieros de caminos, no sé muy bien por qué, pero el caso es que el hecho de conocer a varios de ellos también me animó. Finalmente, lo de elegir Caminos en lugar de otra rama de la ingeniería quizá tenga que ver con que yo con las máquinas y las 'chispas' siempre me he llevado regular [risas]; quiero decir que siempre me atraieron más las obras, lo material, lo visible.

¿De dónde nace esa tradición musical en tu familia? ¿Y por qué este fenómeno de las bandas de música está tan arraigado en Levante (*)?

A lo segundo no sabría responderte, la verdad, pero sí que es cierto que en la Comunidad Valenciana y Murcia hay una mayor tradición que, por ejemplo, en Almería, provincia que linda con mi tierra. En cuanto a lo primero, por rama

“En Europa, y en tantos otros países, esa ‘cultura del modificado’ no ha existido, pero después de tantos años aquí nos sigue costando cambiar el chip, hasta el punto de que actualmente buena parte de las obras se contratan a pérdidas, y eso no puede interesar a nadie, y a quien menos a la propia Administración”.





paterna mi abuelo (tocó en la banda de la Casa Real y hasta llegó a pisar el foso del Teatro Real) y sus tres hijos se dedicaron también profesionalmente; por parte de madre, incluso la cosa viene de más lejos, de un bisabuelo que fundó y dirigió la banda de Calasparra.

Estudias el bachillerato en el Instituto de Enseñanza Media de Almería, los cinco primeros cursos 'por libre', algo que sonará extrañísimo a los jóvenes de ahora.

Lo de estudiar por libre consistía mayormente en que un maestro particular 'te tomaba la lección' y luego te examinabas en el instituto en las fechas que tocaban; los últimos dos cursos ya los estudié por la vía oficial, estando interno en un colegio: las notas mejoraron y todo se hizo más cómodo, sin duda, pero también he de decir que estudiar por libre lleva aparejado hacer un uso responsable de tu autonomía, lo cual siendo tan joven te vale de mucho y para siempre. Por otra parte, de mi paso por aquel instituto, que era el único que existía en Almería —por aquel entonces en casi todas las capitales de provincia sólo había un instituto de enseñanza media—, guardo un recuerdo graísimos, tanto por el ambiente liberal —era mixto, por ejemplo— como por la entrega convencida de los profesores a la causa de la enseñanza, pues no se limitaban a ser pedagogos, sino que impartían sabiduría.

El curso selectivo de ciencias lo haces en la Universidad de Granada y de allí ya pasas a la Escuela, donde ya no había examen de ingreso, sólo curso de iniciación.

Sí, en efecto elijo la universidad granadina por cercanía a casa —aún existía distrito único— y he de alabar también al profesorado, muy cercano, muy implicado; como anécdota, contaré que el profesor de química inorgánica te llamaba a su despacho para que corrigieras junto con él tu examen; nada que ver con los profesores de la Escuela, que salvo excepciones consideraban lo de dar clase como algo secundario en su vida profesional.

De la Escuela qué destacarías en relación con los profesores, con la calidad de la enseñanza... Por otra parte, ¿viviste el mundo de los colegios mayores o el de las pensiones, tan distintos el uno del otro?

Yo fui de los que anduve a salto de mata, en pensiones con patrona, un mundo muy bien descrito en algunas novelas de posguerra, como *La colmena*, de Camilo José Cela, o *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos —es obligado mencionar las magníficas adaptaciones cinematográficas de Mario Camus y de Vicente Aranda, respectivamente—; los Colegios Mayores sólo los frecuentaba con motivo de alguna actividad cultural; y sí, es cierto que la vida en pensiones daba para mucho anecdótico, empezando por el frío y acabando con la gastronomía... Comer solía comer en el comedor del SEU o en Minas, y cenar más de una vez cené una barra de pan con una lata de fuagrás Mina; eso sí, el pan era de primerísima calidad: uno de mis compañeros estaba ennoviado con una panadera... [risas].

En cuanto a la Escuela no puedo decir que aprendiera mucho, la verdad; eso sí, con tanto 'puteo' adquirías el hábito de enfrentarte a cualquier problema y a resolverlo, fuera el que fuera, lo que en la vida profesional te viene muy bien, claro. Ocurría que ya en primer curso, en los primeros exámenes parciales te examinaban de cosas que nadie explicaba en clase, acaso porque a menudo los profesores que te daban clase no eran los mismos que te examinaban; yo me acuerdo, por ejemplo, de que en 'Dibujo' nos pidieron dibujar a mano alzada una reja sevillana (¿?) —por cierto, yo acabé aprobando el 'Dibujo' en Minas...—; en 'Física' te ponían un problema que tenías que resolver con integrales dobles que no te habían explicado en 'Cálculo'; etcétera. Por supuesto también había profesores lumbreras, otra cosa es que lo supieran trasladar: Florencio del Pozo en 'Estructuras', Jiménez Salas en 'Geotecnia'... Por otra parte, como comenté al principio, para muchos profesores lo de dar clase no dejaba de ser algo secundario en su hacer profesional (**), y para dar fe de ello valga esta anécdota: al catedrático de hormigón, José Antonio Torroja, se le olvidó presentarse el día del examen; el delegado del curso le llamó y se presentó una hora y media después; como no había preparado



nada, dictó de cabeza un ejercicio —calcular un forjado con viguetas—; los datos de partida eran erróneos y la solución, por fuerza, era absurda —salía más área de acero que área tenían las viguetas—; conclusión: repetimos otro día el examen. Lo mejor de todo es que yo fui uno de los cinco a los que salvó de repetirlo porque había resuelto correctamente el 'absurdo' inicial... [risas]. En conclusión, aprendías a buscarte la vida y, en lugar de adquirir conocimientos, estudiabas mecánicamente libros con problemas parecidos a los que caían en los exámenes con el solo objetivo de aprobar. Para lo que de verdad sí que valía el paso por la Escuela era para hacer amistades que perduran, como la de Pedro [Escudero], aquí presente.

Antes de empezar a trabajar, imagino que harías la mili, que es algo que a los jóvenes de ahora también les suena lejano, como lo de estudiar 'por libre'.

En aquella época los estudiantes universitarios solíamos hacer lo que se llamaba IPS, Instrucción Premilitar Superior; consistía en pasar los veranos de cuarto y quinto en determinados cuarteles —La Granja en Segovia, Montelarreina en Zamora...— y luego, al acabar la carrera, estar unos meses de alférez en el cuartel al que te destinaran —en mi caso, Almería—; yo no guardo mal recuerdo, no sólo porque la disciplina militar fuera mucho más llevadera que la que había en el colegio del obispado en que estuve interno durante los dos últimos cursos del bachillerato [risas], sino porque cobrabas un sueldo más que digno —13.000 pesetas al mes; mi primer sueldo en Agromán fue de 16.000 pesetas— y porque te trataban muy bien en la residencia de oficiales, por ejemplo.

Comienzas tu carrera profesional en Agromán y toda ella se desarrolla al cabo en empresas constructoras: ¿no te atraía la Administración o la consultoría?

Me atraía más la obra, mancharme los pies de barro, como quien dice, pero sencillamente la primera empresa que me llamó fue Agromán. El mismo día de mi incorporación, mi jefe de entonces me puso encima de la mesa seis proyectos ferroviarios para estudiarlos y tres días después, cuando aún no

había terminado de leer los pliegos, me mandó a Málaga para conocer los proyectos *in situ*, y de paso al encargado...

Se demuestra que Agromán era una empresa a la antigua usanza...

Sí, sí que es cierto, con todas sus cosas buenas y con otras que no lo eran tanto; así, la política con el personal era admirable, muy humana, sentías como propia la empresa, pero a la vez a este modelo, muy tradicional, le costaba evolucionar conforme a los nuevos usos que se imponían en el sector. De lo primero vale poner como ejemplo que cuando tenías un hijo te daban una paga extra, o que en caso de enfermar gravemente —como me ocurrió a mí en una obra en Gibraltar—, ponían a tu disposición un médico de la empresa para que colaborara con los médicos que ya te trataban; esta 'política de detalles', dentro de ciertos límites, he procurado practicarla en todas las empresas en que he tenido responsabilidad, primero por humanidad pero también por rentabilidad empresarial. Lo segundo, el modelo de gestión, demostró sus debilidades y limitaciones cuando a mediados de los años 80 se generalizó la subcontratación; Agromán siempre había tenido en plantilla un buen número de ferrallas, de encofradores..., contaba con un parque de maquinaria enorme..., y todo eso se había acabado, pero no se quisieron tomar medidas a tiempo —José María Aguirre padre ya había cumplido 90 años y no quería poner en la calle a 9.000 personas—. Yo salí de la empresa al cabo porque no compartía la estrategia de negocio marcada por el nuevo presidente, Luis Ducase, que pretendía mejorar los resultados desatendiendo la gestión de clientes.

A propósito de esto que dices, cuáles son a tu juicio los principales cambios habidos en el sector de la construcción en los últimos 30 años: la subcontratación referida, la salida a Bolsa de las más grandes, las relaciones con la Administración...

Por venir a lo último que acabo de referir, la manera de dirigir o gestionar una constructora, pienso que recientemente se ha vuelto a entender que para ser un buen directivo de empresa constructora no vale con haber estudiado un



MBA y, como quien dice, lo mismo dirijo hoy una constructora que mañana una embotelladora de refrescos o una fábrica de embutidos; nuestro sector es un mercado muy particular, con unas reglas acaso menos ortodoxas que las que rigen en otros —buena muestra de esto es que ninguna empresa extranjera ha conseguido asentarse—, y en este sentido y con las excepciones de rigor, un ingeniero de caminos acostumbra tener una visión mucho más amplia del negocio de la construcción que otros profesionales.

En cuanto a la subcontratación, a mi juicio supuso varias cosas: primero, que las constructoras nos convirtiéramos principalmente en gestores de medios; segundo, que desaparecieran puestos de 2º nivel, que ahora ocupan ingenieros de alguna medida 'supervisores' —jefes de producción de tierras o de estructuras, de calidad, etc.—; y tercero, que las empresas auxiliares se especializaran y profesionalizaran.

Sobre la relación con la Administración, hasta hace 5 o 6 años no había cambiado mucho y se fundamentaba en una especie de simbiosis: sin cometer ningún acto ilícito, se daba un muy eficaz *do ut des*, tú me das yo te doy, esto es, que en lugar de paralizarse la obra porque en proyecto había un error de medición, por poner un ejemplo, el contratista seguía adelante, construía lo que había que construir y la Administración lo tenía en consideración —haciendo uso, desde luego, de las fórmulas que permite la legislación de contratos vigente—. Hoy ese ánimo colaborador ha quedado muy disminuido, sacrificándose la eficacia por una pretendida mayor 'pureza' del proceso, que en no pocas ocasiones tiene más que ver con el miedo de un político a que aparezca ninguna noticia en prensa que con otra cosa.

Lo de cotizar en Bolsa —una consecuencia de la concentración empresarial habida en el sector y del consiguiente aumento de tamaño de las empresas, que además se constituyen en grandes grupos de servicios y no sólo de construcción— implica una cierta disfunción entre lo que podemos llamar 'horizontes ciertos' y la crudeza de lo instantáneo; quiero decir que trimestralmente has de entregar informes a la Comisión Nacional del Mercado

de Valores y por tanto esa inmediatez continuada condiciona tu estrategia a medio plazo, tus 'grados de avance', que dicen los auditores.



Retomemos tu trayectoria profesional; en Agromán estás desde 1972 hasta 1989, un periodo largo que abarca desde los años de la crisis del petróleo hasta el boom de las autovías, incluida la aparición de las nuevas administraciones autonómicas.

Como jefe de obra en Agromán viví mis primeros años en Málaga y en Gibraltar, donde fui responsable de la construcción de una obra muy compleja, la pantalla de un dique de un astillero donde trabajábamos de seis de la mañana a tres de la madrugada y con unas exigencias durísimas por parte del cliente. Luego ya empecé a vivir en Madrid y pasé a ser director de zona, director de división y subdirector de obra civil. La aparición de las administraciones autonómicas, con una capacidad inversora en infraestructuras cada vez mayor, tuvo una consecuencia inmediata: tuvimos





que estar más pegados al terreno, pisar más el suelo local. Pero lo que a mi juicio marcó de verdad un antes y un después en el hacer de las constructoras fue, no tanto las muchas autovías que se construyeron, que también, como la construcción del AVE, con unos ritmos de ejecución y unos volúmenes de producción absolutamente desconocidos hasta entonces; pienso que las empresas salimos airosas y nos sirvió a nosotros y a las auxiliares —así, las de movimientos de tierra— para modernizarnos definitivamente y ser más competitivas dentro y fuera de España.

A partir de 1989 ejerce como director general en Tecsa.

Dar el salto de Agromán, una de las grandes, a Tecsa, una empresa 'con dueño', implantada principalmente en el País Vasco y muy especializada en obras ferroviarias, supuso para mí un auténtico reto creativo: desde implantar procedimientos de construcción más actuales —empezando por los sistemas informáticos— hasta diversificar el negocio, tanto en lo territorial —abrir el abanico al mayor número de Administraciones— como en la naturaleza de las propias obras contratadas —edificación, obras hidráulicas, etc.—. En 5 años pasamos de facturar 6.000 millones de pesetas a facturar 30.000.

Al tratarse de una empresa vasca y de unos años en que ETA estaba muy activa, no sé si viviste algún episodio 'desagradable'.

No, afortunadamente no; tengo la impresión de que las posibles extorsiones o amenazas se dirigían en aquellos años a los dueños de las empresas, no tanto a los directivos. La presión sí que la viví mucho más de cerca luego, en Lain, pues teníamos contratados un tramo de la autopista de Navarra y la presa de Itoiz.

Salas de Tecsa en 1994 y pasas a ser director general de Lain hasta 1999.

Tecsa la compran Dragados y el Banco Central Hispano, que eran unas empresas muy 'familiares', esto es, que si no habías nacido y crecido en su seno era muy difícil que te tuvieran en cuenta, así que decidí marcharme. Por aquel entonces Lain la presidía Enrique Aldama, que era uno de los accionistas

de referencia junto a Fernández Tapias, Rafael Naranjo... y la Fiat italiana — otro tercio de las acciones estaban en bolsa—. Hicimos una labor de reestructuración notable, racionalizando hábitos y estructuras —pasamos de 17 delegaciones a 7 u 8, etc.—. Luego ocurrió que hubo una fusión con Obrascón Huarte, me ofrecieron ser director técnico pero yo aún me creía capacitado, con 55 años, para seguir en la primera línea de gestión de una empresa, y ahí es cuando entro a formar parte de Copasa y hasta ahora...

Nuevamente, como en el caso de Tecsa, una empresa muy apegada al territorio, en este caso Galicia.

Sí, por aquellos años era una empresa modesta que facturaba unos 6.000 millones de pesetas, mientras que a finales de la primera década de los años 2000, antes de la crisis actual, llegamos a facturar 540 millones de euros. Como tantas veces en la vida, trabajar en Copasa fue fruto del azar; a quien era presidente, José Luis Suárez, yo le había entrevistado para entrar a trabajar en Agromán y me acuerdo que le dije a mi mujer: «Este zagal, o acaba de director general o se monta una empresa»; fue lo segundo. El caso es que me pidió que le ayudara, como ya había hecho en Tecsa, a que la empresa deviniera nacional y con una cartera de clientes aumentada y diversificada. La política que hemos seguido la teníamos clara desde el principio: ir poco a poco y sobre todo hacer las cosas bien, que es lo más rentable, dejando satisfecho al cliente.

Como cualquier otra constructora con tamaño suficiente os habéis visto abocados a salir al extranjero. ¿Cuáles son las mayores dificultades con que se topa una empresa contratista española en el mercado internacional?

Destacaría por sobre todas dos: la dificultad de financiación y los riesgos de contratación. Hasta la llegada de la crisis, en España jugabas con un margen de tesorería —por cuanto habitualmente pagabas al subcontratista un tiempo después de cobrar las certificaciones de la Administración— que te financiaba el crecimiento; en el extranjero no es así y de hecho estás muy condicionado por los terceros que te financian. En cuanto a la contratación, antes hemos



hablado de que en España se da ese *do ut des* con el cliente que te permite solventar con flexibilidad problemas que surgen en toda obra —plazo, algún precio, alguna medición...—; eso en el extranjero es muy difícil.

[Sobre esa relación flexible con la Administración de pasados años en España, ¿era razonable que prácticamente todas las obras acabaran con un 19% de modificado y un 9,65% de liquidación? ¿Qué sentido tienen las bajas del 40% en las adjudicaciones de obras?](#)

Ciertamente es un sistema perverso, que bordea lo que establece la ley de contratos, pero como empresa no te queda otra que acomodarte a lo que hay. En Europa, y en tantos otros países, esa 'cultura del modificado' no ha existido, pero después de tantos años aquí nos sigue costando cambiar el chip, hasta el punto de que actualmente buena parte de las obras se contratan a pérdidas, y eso no puede interesar a nadie, y a quien menos a la propia Administración, pero ocurre que siempre hay responsables políticos que venden a la ciudadanía o a su electorado que si una obra se hace por la mitad de lo que vale los dineros de todos están mejor gestionados, y eso no se puede decir que sea necesariamente cierto: las cosas valen lo que valen y si se paga menos, pues se hace peor o se hace menos, o se generan pérdidas que imposibilitan la supervivencia del sector.

[Algo tiene que ver todo esto con que ciertos niveles de la Administración parecen haberse politizado en exceso; o que en casi todos los casos de corrupción que salen a la luz pública hay detrás empresas de la construcción, que a menudo también lo son de servicios.](#)

Más allá de la corrupción imputable a una persona concreta, que afecta a cualquier actividad humana, en nuestro sector se han dado varias condiciones 'propicias': en primer lugar, que se movía mucho dinero —donde no hay dinero o hay poco las magnitudes de la corrupción no asustan tanto, lógicamente—; en segundo lugar, que las adjudicaciones de obra pública permiten cierta discrecionalidad; y en tercer lugar, y a mi juicio éste es el

meollo de la cuestión, es frecuente la aparición de presuntos emisarios de los poderes políticos.

Lo de que determinados puestos de la Administración se hayan desprofesionalizado más de la cuenta, que es lo mismo que decir que se han politizado, es bastante cierto y no sólo afecta a esos puestos, sino que los otros compañeros que están por debajo también toman nota y, en fin, ahora el miedo a equivocarse es mayor.

[Dejemos la construcción y pasemos a la música y a la gastronomía.](#)

Antes de ello, Javier, sí quería aclarar que yo he disfrutado muchísimo de mi trabajo en todas las empresas en que he estado, del mismo modo que he aprendido de innumerables compañeros, a quienes estoy muy agradecido; acordarme aquí de todos es de todo punto imposible, pero por nombrar sólo a algunos de ellos, sí que querría mostrar mi gratitud a Rafael Fernández Sánchez, que fue director general de carreteras del Ministerio, y a Juan Barrón y Luis Pérez Fabregat, de Adif.

[Cuéntanos por qué creas la Fundación Galindo en Calasparra y a qué os dedicáis.](#)

Cuando yo paso a ser de alguna manera la 'reina madre' en Copasa —quiero decir que me empiezo a jubilar [risas]—, es entonces cuando tengo tiempo libre para poner en marcha algo que siempre tuve en la cabeza: ayudar no tanto a difundir los valores de la música —también organizamos algún concierto, alguna clase magistral...— como contribuir a que algunos chicos y chicas puedan aprender lo suficiente para dedicarse a ello profesionalmente —concedemos cada año 1 beca de 12.000€ para cursos de perfeccionamiento de titulados superiores y 8 ayudas de 300€ para gastos de matrícula en conservatorios de la Región de Murcia—. La Fundación tiene sede en mi pueblo por dos razones: una, porque quiere ser un homenaje a mi padre y a mis tíos —hablar allí de música es hablar de los Galindo—, y dos,



porque muerta mi madre habría perdido el nexa con mi tierra de no tener ahora esta vinculación.

Imagino que la Fundación tendrá un capital social modesto, pero hace una labor cultural y formativa *gratis et amore* admirable. ¿Por qué las empresas constructoras nunca han apostado por el mecenazgo, ni siquiera en los años boyantes, ni siquiera un poco, ni siquiera un muy poco?

De lo primero, decirte que el capital social es de 180.000€, que en una pequeña parte proviene de una herencia de uno de mis tíos músicos, que era soltero. De lo segundo, a mi entender hay dos razones fundamentales: una, que no hay una tradición asentada entre la clase empresarial española, y dos, que la Ley de Mecenazgo no conlleva un retorno fiscal suficiente para convencer, por ejemplo, a un consejo de administración de la conveniencia de constituir fundaciones sin ánimo de lucro.



Cuarteto de Trombones y Quinteto de Metales



I PARTE

CUARTETO DE TROMBONES

GUILLERMO VAN ZUMMEREN MORENO
MANUEL HERRERO GARCÍA
MATEO SÁNCHEZ MARTÍNEZ
JOSÉ ANTONIO ÚBEDA SOLER



Bruckner etüde für das tiefe BlechEnrique Crespo



Suite Parisienne.....John G. Mortimer
I- Quartier Latin
II- Au bois de Boulogne
III- Moulin Rouge

Tú eres un reconocido melómano que recorre al cabo del año numerosos teatros de ópera europeos. ¿De dónde sacabas tiempo cuando aún no eras la 'reina madre' y, por otra parte, qué países destacarías como más amantes de la música clásica?

Yo tuve un mismo jefe en tres empresas, Julián Núñez Olías, con quien siempre mantuve una relación fluida; él sabía que salvo causa de fuerza mayor el abono de ópera en el Real para mí era sagrado —y las escapadas periódicas a algún otro teatro europeo ídem— y siempre lo respetó. Ni que decir tiene, a cambio yo cumplía con lo que se esperaba de mí en la empresa, ¿eh? [risas].

Sobre los países europeos con una mayor cultura musical no hay duda: el mundo germánico, Austria y Alemania. En el país alpino, no obstante, la música está más encaminada al negocio, al turismo cultural, lo que conlleva unos precios abusivos (Salzburgo se lleva la palma); en Alemania las actuaciones musicales están mucho más extendidas (todas las ciudades medianas e incluso alguna pequeña cuentan con orquestas muy dignas) y los precios son muy asequibles. Por otra parte, en los países del Este es también admirable su apuesta decidida por hacer accesible la formación (los conservatorios de Hungría tienen mucho prestigio) y la difusión (en Rumanía yo he asistido a una ópera en butaca de patio por 13€).

En comparación, en España cabría hablar de analfabetismo musical...

Como en cualquier otra disciplina, si falla lo básico, que es la educación, no hay quien aficione después a nadie, con las excepciones de rigor. En este país la enseñanza musical en el colegio tradicionalmente se ha entendido como tocar la flauta y poco más, y así no hay manera. Luego, sin embargo, el nivel de la formación académica profesional es más que aceptable, ya sea en los conservatorios oficiales —acaso un tanto rigidizados—, ya sea en entidades privadas —Reina Sofía o Alfonso X El Sabio, por ejemplo—. Por otra parte, el precio de las entradas es disuasorio para que un público amplio asista a las salas de conciertos —en el Teatro Real el precio medio de una entrada de ópera está por los 125€ y en el Auditorio Nacional por los 140€, si hablamos del ciclo Ibermúsica—.

Concluamos la entrevista con otro arte, el culinario. Empiezas a cocinar con 12 o 13 años y es fama que eres un excelente gourmet.



Cuando yo tenía esa edad mi madre enfermó y mi hermana mayor no era entonces (luego mejoró mucho) muy ducha en los fogones, así que corrió el turno y me tocó a mí. Digamos que entonces aprendí los rudimentos de la cocina y luego he ido desentrañando los secretos de *la fisiología del gusto*, por venir al clásico *par excellence* de Brillant-Savarin. Pero si cocino —más allá de razones obvias: me gusta comer y sé como Sancho Panza que «tripas llevan pies, que no pies a tripas»—es porque disfruto “dando de comer” a los amigos. Yo soy un partidario absoluto de la “felicidad compartida” y no conozco ninguna otra liturgia mejor que sentarse a comer a una mesa con tus amigos, o con tus clientes, o con tus compañeros de promoción, o con..., de ahí que desde hace años sea socio de un txoko. Eso sí, cuando me pongo el mandil soy muy mandón y se hace lo que yo digo, porque si no, luego todo el mundo quiere ser un cocinillas y no es eso, no es eso... [risas].



(*) En octubre de 2015 la comisión de Cultura y Educación de las Corts Valencianes ha respaldado por unanimidad declarar a las sociedades musicales Bien de Interés Cultural (BIC). Refiere Josep Francesc Almería, expresidente de la Federación de Sociedades Musicales de la Comunidad Valenciana (FSMCV), que «se trata de un movimiento asociativo que tiene más de 200 años de antigüedad, con una importancia y evolución únicas en el mundo. Es un fenómeno sin parangón porque la intensidad con que se da en este territorio no tiene igual. hay 40.000 músicos, 60.000 alumnos en las 547 escuelas musicales, agrupa 547 bandas y tiene casi 200.000 socios”, explicó a distintos medios.

(**) A propósito de los métodos pedagógicos de algunos de los profesores de la Escuela, Juan Benet refería lo que sigue en *Otoño en Madrid hacia 1950*: “Don Alfonso Peña Boeuf, exministro de Obras Públicas, en tercero explicaba Cálculo de Estructuras basándose en un texto propio. El método de enseñanza de don Alfonso [un hombre muy educado y ceremonioso] era a la vez simple y grandilocuente; consistía en llenar el encerado con todas las fórmulas de un capítulo y explicar el «algoritmo» con un discurso en que se hacía referencia a la sabiduría de la naturaleza, la continuidad del progreso técnico, la cúpula de Buonarrotti, la majestad de la monarquía, los excesos del sansculottismo y la tendencia al arco que por doquier se insinuaba, incluso en el mundo de los insectos, para terminar señalando la sencilla expresión del tren de cargas o la fórmula del momento flector en un punto dado de la viga. En el extremo inferior del encerado estaba escrita una mañana una horrenda fórmula de metro y medio de extensión, llena de sigmas, integrales, diferenciales y exponentes algebraicos y en la que, huérfano entre tanto símbolo y tanta letra, obraba un humilde 2 delante de un corchete. Un alumno se levantó respetuosamente para preguntar «Don Alfonso, ¿y ese dos?». Don Alfonso apenas vaciló un momento, buscó el 2 en el jeroglífico y se volvió hacia el aula con cierta solemnidad: «Ah, ese dos. Gran número, el dos. Un misterio y, a la vez, una constante. Una de las claves sobre las que se asienta nuestro universo. Sepan ustedes que ese dos viene de uno y uno, por la vía de suma»”.

[Entrevista realizada en Valladolid el 9 de diciembre de 2015

por Javier Muñoz Álvarez]